

Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos. Salmos 119:98

Ricardo Baxter



“El Pícaro”

Ricardo Baxter era uno de los más elocuentes predicadores y eruditos teólogos de Inglaterra del siglo XVII. Por su fe evangélica dos veces fue echado en la cárcel y sufrió el acostumbrado maltrato que la iglesia del estado daba a los “herejes”. Cuando vivía en Coventry, él, con otros de los predicadores excomulgados, empezó a predicar en una casa particular en el campo no muy lejos del pueblo y eso a pesar de las prohibiciones de parte del gobierno. Siendo que el servicio era para una hora de la mera madrugada, Ricardo siempre salía de su casa en la tarde para estar a buena hora para el culto. En una noche muy oscura se perdió en el camino y después de haber rodado por un largo tiempo, vio una luz en un cerro a cierta distancia y se dirigió hacia ella.

Encontró que la luz era de una buena casa, y al llegar allí tocó la puerta y pidió que le dieran hospedaje por la noche.

El sirviente informó a su patrón que una persona muy respetable estaba a la puerta y buscaba dónde pasar la noche. El dueño de la casa le mandó que pasara adelante. La invitación fue aceptada y

Ricardo fue atendido con la mayor hospitalidad. Durante la hora de la cena el anfitrión preguntó de la profesión de su huésped. Ricardo, por algunas cosas que el dueño de la casa había dicho, sintió que le convenía tener mucha prudencia y de acuerdo respondió: "Soy capturador de hombres".

"¡Un capturador de hombres!" contestó el caballero. "¿De veras? Usted es precisamente la persona que necesito. Soy Juez de Paz y he determinado efectuar la captura de un cierto Dick Baxter, a quien se espera que mañana predicará en una casa allá en el campo. Irá conmigo, y no cabe duda que fácilmente caerá este pícaro".

Ricardo ya no ignoraba el intento del amo de la casa pero consintió en acompañarlo. Después del desayuno la próxima mañana de acuerdo con lo convenido los dos se marcharon en el coche del magistrado a la casa donde se había anunciado la predicación. Al llegar, la gente se estaba juntando afuera de la casa, pero entre el grupo no aparecía ningún Dick Baxter.

El Juez se veía triste por el aparente fracaso de la intentada captura y dijo a Ricardo que suponía que alguien había informado al señor Baxter del peligro y por esta razón no llegaba. Después de haber hecho más tiempo para que el predicador llegase, Ricardo dijo al magistrado que fuera lamentable que habiéndose juntado tantas personas, especialmente en un día de reposo, que nadie les hablara sobre el tema de la religión. Invitó al Juez tomar la palabra y dar un pequeño mensaje. El Juez respondió que como siempre se acostumbraba empezar los servicios con oración, él no lo podía hacer porque no traía el ritual. "De todas maneras," dijo el Juez "estoy seguro que de una persona tan respetable como usted podía orar y hablarles. Así le suplico que tuviese la bondad de empezar el culto con una oración".

Después de negar algunas veces con fingida mala gana, Ricardo empezó el culto con una oración muy solemne y ferviente de acuerdo con su acostumbrada manera. El Juez fue grandemente conmovido y se deshizo en lágrimas. Ricardo en seguida predicó un mensaje muy conmovedor. Después del mensaje el Juez se le acercó y le dijo que estaba muy agradecido a Dios que Baxter no se había presentado, porque en toda su vida nunca había escuchado una predicación que le había conmovido tanto. Ricardo entonces le miró y le dijo: "Perdone, señor Juez. Yo soy el mero Dick Baxter a quien busca. Aquí estoy; haga conmigo lo que quiera".

El Juez, por lo que había sentido en este servicio, hizo a un lado sus prejuicios y enemistades, y hasta el fin de su vida fue un verdadero amigo de los ministros excomulgados y de los no conformistas. Se cree que era fiel cristiano hasta la hora de su muerte.